

# Consideraciones en torno al mito y vigencia del Tío de la Mina

Para comprender el significado y vigencia del mito del "Tío de la Mina" en la fe popular, no es necesario recurrir a divagaciones y análisis científicos. Existen varias teorías que tratan de explicar el fenómeno desde este ángulo pero, como no estamos frente a un caso de producto de doctrina teórica alguna, sea ésta de carácter filosófico-religioso o sicosociológica que influya en el sentimiento y la fe del poblador de las minas, en esta parte del continente americano, la senda más adecuada para llegar a la captación de su verdadero sentido, es partir de su vigencia en el ámbito popular que piensa, o más bien siente que el "Tío" es dueño y Señor del subsuelo, de la mina, dueño de las riquezas minerales que ella encierra; que la suerte en la explotación de las mismas y hasta la vida de los trabajadores, dependen de él; que es celoso protector de los mineros por un lado y severo administrador de sus bienes, por el otro; esto quiere decir que premia la consecuencia y lealtad y castiga todo mal proceder de los mineros.

Para explicar este caso podemos empezar manifestando con Salomón Reinach que "en lenguaje ordinario se confunden frecuentemente, religión y mitología. Esta confusión sin embargo, tiene su razón de ser y su excusa, porque hay religión en la base de toda mitología. La mitología es un conjunto de historias inventadas - no imaginadas pero si combinadas y adornadas a capricho, cuyos personajes escapan al dominio de toda historia positiva. La religión es en primer lugar, un sentimiento, y la expresión de ese sentimiento por medio de actos de una naturaleza particular que son los ritos".

Esta consideración nos permite precisar el término religión y no el de mitología al tratar el tema con relación a la jerarquización del pensamiento el sentimiento de nuestras precisadas culturas andinas, y manifestar enfáticamente que, tanto urus como kollas aymaro-quechuas, fijaron sus sentimientos religiosos en un politeísmo totemista de donde arranca toda una estructura de pensamiento y acción, que admite una escala de dioses con virtud de premiar y castigar los efectos del comportamiento humano pero, sin precisar los conceptos de bien y mal como atributos de Dios, el primero, y del diablo el segundo, como ocurre en las religiones monoteístas como es el caso del cristianismo introducido en América por los conquistadores españoles, y que por normal aculturación es en la actualidad, otro factor que con seguridad, ha causado la confusión a la que nos referimos.

Acontecimientos como el descubrimiento de América y su consecuente conquista,

frenaron el curso del desarrollo cultural de las nativas naciones americanas, obligadas a un clandestino y lento desempeño para mantener latentes los rasgos fundamentales de sus culturas, en una especie de resistencia contra el tiempo y las circunstancias hasta mantenerlas vivas y vigentes en la actualidad. Los conquistadores, no sólo que sometieron a estas etnias por la fuerza de las armas sino que, sutilmente emplearon a la religión católica como método de sojuzgamiento, esgrimiendo el miedo al castigo del "verdadero Dios", y así aparecen en escena, el infierno y el diablo como perturbadores de las corrientes del bien, y como dueños absolutos de las fuerzas del mal; esquema desde luego, totalmente desconocido por los nativos pero obligados a someterse a sus designios, aun a costa de despreñar sus propios esquemas religiosos.

Tres siglos fueron suficientes para crear la confusión y entronar definitivamente al diablo en el pensamiento y el sentimiento populares del nuevo continente.

Este choque de culturas, de otro lado, dio como resultado un nuevo estilo de pensamiento, una nueva sociedad, una nueva religión, en fin, una nueva cultura, la mestiza. En cuanto a la nueva religión, no se trata precisamente de la cristiana trasplantada de Europa al Nuevo Continente sino que, por efectos inevitables del proceso de aculturación, en América en general, y en este nuestro altiplano en particular, se ha producido una religión combinada, es decir que dioses, santos y ángeles del bien y del mal de una de las religiones, aparecen como personajes centrales en la otra compartiendo nombres, atributos y aras con otras deidades diferentes, dándose por lo tanto el caso singular de una religión ecléctica que hoy domina el sentimiento popular de nuestra realidad nacional.

En lo que concierne al tema que nos hemos propuesto desarrollar, diremos que el punto de partida se halla en la leyenda que como único recurso para encontrar explicación a los hechos del antaño prehistórico, nos narra una epopeya en la que una deidad nativa en lucha con una diosa celestial, desata una plaga gigantesca formada por un sapo, una víbora, un lagarto y millares de hormigas para castigar a sus súbditos, los urus porque en sus ritos empezaron a rendir culto a un dios extraño, olvidándose de los nativos y especialmente de él.

La nativa deidad, vencida en la lucha, herida su dignidad, instala su reino en las entrañas de la tierra, manteniendo de este modo su soberanía, y transitoriamente sumido en las tinieblas de la mina. Su presencia en los socavones mineros despertó naturalmente, justo temor entre los trabajadores, pero éstos, conocedores de las implicaciones y características del pensamiento religioso de

sus milenarios antepasados urus, al reconocerlo por sus actos, prefirieron no enemistarse con él, y al contrario, lo incorporaron con honda fe en su círculo familiar llamándolo "Tío". Aquí vale la pena una oportuna digresión que bien puede justificar también el empleo de este apelativo: nos referimos a una conocida actitud de nuestros campesinos, aun en la actualidad, de llamar sumisamente tío a cualquier persona supuestamente superior, por su presencia y color claro de la piel, debilidad impuesta seguramente, por los métodos de dominación durante la conquista española.

De esta manera el minero aseguró la complacencia del dios, tocando las fibras más íntimas de su ancestral orgullo, logrando por lo mismo su recompensa, materializada en la entrega permanente de las riquezas del subsuelo de las que él es absoluto dueño y Señor.

Este es Huari, el incomprendido dios de los urus. Su poder sobrepasa su reino de tinieblas y se manifiesta en ese algo de misterio, temor y respeto que se siente cuando se habla de la mina, cuando se piensa en el "Tío".

Vencido el primer impacto de temor por la presencia de Huari en la mina, el trabajador del subsuelo, familiarizado ya con el espíritu de la deidad uru, se dio a la tarea de modelar su figura de acuerdo a su propia imaginación, claro está, fantaseada por la alienación influida por las contradictorias corrientes del antagonismo cultural que la caracteriza.

Si la buena disposición de éste que significa el espíritu de la mina, que se consigue por medio de rituales - dice Michael Taussig - tanto la producción minera como la vida misma de los mineros corren peligro. Los mineros bolivianos hoy en día, le atribuyen a la mina una vida orgánica y espiritual. Tienen que entender el metabolismo de esta vida y trabajar con él, y para hacerlo, deben sobre todo realizar intercambios. Esto se logra mediante un ritual que dramatiza el intercambio y da a su significado específico un buen nivel de comprensión.

Todo el ambiente misterioso y sobrecogedor de la mina, está impregnada del espíritu protector y dadivoso del Río de la Mina, su representación materializada en estatuillas de diversos tamaños y formas, son sólo el simbolismo que justifica la presencia del "Tío" entre los mineros en oportunidades del rito del "convite" en su honor y como la forma de pagar sus favores y bondad.

Alberto Guerra Gutiérrez